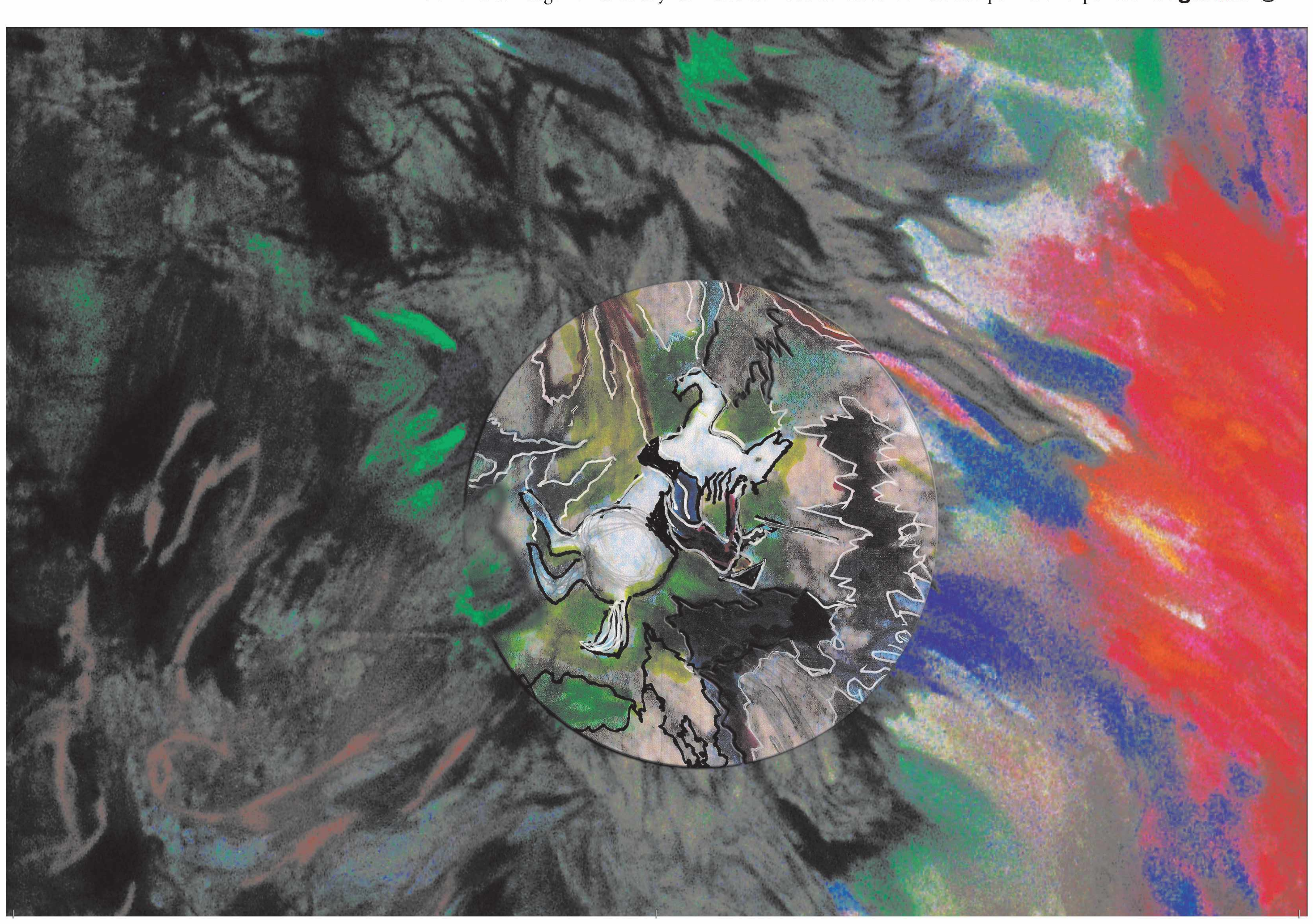


1825
La Paz

Bolivia

La bandera imperial cae rendida a los pies de Antonio José de Sucre, general a los veintitrés años, gran mariscal a los treinta, el oficial preferido de Bolívar. La fulminante batalla de la pampita de Ayacucho liquida el poder español en el Perú y en todo el continente.
Cuando la noticia llega a Lima, Bolívar salta sobre la mesa del comedor y baila pisando platos y rompiendo copas y botellas.
Después cabalgan juntos, Bolívar y Sucre, bajo los arcos triunfales de la ciudad de La Paz. Allí nace un país. El Alto Perú, que había integrado el virreinato de Lima y el de Buenos Aires, se llama ahora República Bolívar, y se llamará Bolivia, para que sus hijos perpetúen el nombre del libertador.
José Mariano Ruyloba, fraile de altas dotes oratorias, muy pico de oro, había preparado una gran alocución de bienvenida. Quiso el destino que Ruyloba muriera antes de que Bolívar pudiera escucharla. La alocución estaba redactada en lengua griega.

1825
Potosí

Láminas escolares: el Héroe en la cumbre

En Potosí, Bolívar sube a la cumbre del cerro de plata. Habla Bolívar, hablará la Historia: *Esta montaña cuyo seno es el asombro y la envidia del Universo...* Al viento las banderas de las nuevas patrias y las campanas de todas las iglesias. *Yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo...* Mil leguas abarcan los brazos de Bolívar. Los valles multiplican las salvas de los cañones y el eco de las palabras: *...con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las ardientes y lejanas playas...* Hablará la Historia del prócer en la altura. Nada dirá de las mil arrugas en la cara de este hombre, todavía no usada por los años pero tajeada hondo por amores y dolores. La Historia no se ocupará de los potros que le galopan en el pecho mientras abraza la tierra como si fuera mujer, desde los cielos de Potosí. La tierra como si fuera *esa* mujer: la que le afila las espadas y de una mirada lo desnuda y lo perdona. La que sabe escucharlo por debajo del trueno de los cañones y los discursos y las ovaciones, cuando él anuncia: *Tú estarás sola, Manuela. Y yo estaré solo, en medio del mundo. No habrá más consuelo que la gloria de habernos vencido.*

1825
Potosí

La deuda inglesa vale un Potosí

Caminan agachadas las colonias españolas que nacen a la vida independiente. Desde el primer día arrastran una pesada piedra colgada del pescuezo, piedra que crece y agobia: la *deuda inglesa,* nacida del apoyo británico en armas y soldados, se multiplica por obra de usureros y mercaderes. Los prestamistas y sus intermediarios, sabios en artes de alquimia, convierten cualquier guijarro en joya de oro; y los comerciantes británicos encuentran en estas tierras sus más lucrativos mercados. Los nuevos países, temerosos de la reconquista española, necesitan el reconocimiento oficial de Inglaterra; pero Inglaterra no reconoce a nadie sin previa firma de un Tratado de Amistad y Comercio que asegure libertad de invasión a sus mercancías industriales.

Aborrezco más las deudas que a los españoles, escribe Bolívar al general colombiano Santander, y le cuenta que por pagarlas ha vendido a los ingleses las minas de Potosí en dos millones y medio de pesos. Además, escribe, *he indicado al gobierno del Perú que venda en la Inglaterra todas sus minas, todas sus tierras y propiedades y todos los demás arbitrios del gobierno, por su deuda nacional, que no baja de veinte millones.*

El Cerro Rico de Potosí, venido a menos, pertenece ahora a una empresa de Londres, la fantasmal *Potosí, La Paz and Peruvian Mining Association.* Como sucede con otros delirios en plena fiebre de especulación, el nombre es más largo que el capital: la empresa anuncia un millón de libras, pero reúne cincuenta mil.

La maldición del cerro de plata

Poca plata da Potosí, que tanta plata ha dado. El cerro no quiere.

Durante más de dos siglos, el cerro escuchó gemir a los indios en sus entrañas. Los indios, los condenados de los socavones, le suplicaban que agotara sus vetas. Y por fin el cerro maldijo la codicia.

Desde entonces, misteriosas caravanas de mulas llegaban en las noches, se metían en el cerro y se llevaban, a escondidas, los cargamentos de plata. Nadie podía verlas, nadie podía atraparlas; y el cerro se fue vaciando noche a noche.

Cuando alguna mula se quebraba una pata, porque era mucho el peso del mineral, algún escarabajo amanecía cojeando penosamente en el camino.

1826
Chuquisaca

Bolívar y los indios

Jamás se cumplieron las leyes en las colonias españolas de América. Buenas o malas, nunca existieron las leyes en la realidad –ni las muchas cédulas reales que protegían a los indios, y que al repetirse confesaban su impotencia, ni las ordenanzas que prohibían la circulación de judíos o novelas–. Esta tradición no impide que los criollos ilustrados, generales o doctores, crean que la Constitución es la pócima infalible de la felicidad pública.

Simón Bolívar borda constituciones con fervor. Ahora eleva al Congreso un proyecto de Constitución para la nueva república que lleva su nombre. Según el texto, en Bolivia habrá presidente vitalicio y tres cámaras legislativas: la de tribunos, la de senadores y la de censores, *que tiene alguna semejanza,* dice Bolívar, *con la del areópago de Atenas y la de los censores de Roma.*

No tendrán derecho de voto quienes no sepan leer. O sea: sólo tendrá derecho de voto un puñado de selectos varones. Casi todos los bolivianos hablan quechua o aymara, ignoran la lengua castellana y no saben leer.

Como en Colombia y en Perú, Bolívar ha decretado en el nuevo país la abolición del tributo indígena y del trabajo forzado de los indios; y ha dispuesto que se divida la tierra de las comunidades en lotes privados. Y para que los indios, inmensa mayoría del país, puedan recibir las luces europeas de la Civilización, Bolívar ha traído a Chuquisaca a su viejo maestro, Simón Rodríguez, con orden de fundar escuelas.

1826
Chuquisaca

Maldita sea la imaginación creadora

Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, ha regresado a América. Un cuarto de siglo anduvo don Simón al otro lado de la mar: allá fue amigo de los socialistas de París y Londres y Ginebra; trabajó con los tipógrafos de Roma y los químicos de Viena y hasta enseñó primeras letras en un pueblito de la estepa rusa.

Tras el largo abrazo de la bienvenida, Bolívar lo nombra director de educación en el país recién fundado.

Con una escuela modelo en Chuquisaca, Simón Rodríguez inicia su tarea contra las mentiras y los miedos consagrados por la tradición.

Chillan las beatas, graznan los doctores, aúllan los perros del escándalo: horror: el loco Rodríguez se propone mezclar a los niños de mejor cuna con los cholitos que hasta anoche dormían en la calle.

¿Qué pretende? ¿Quiere que los huérfanos lo lleven al cielo? ¿O los corrompe para que lo acompañen al infierno? En las aulas no se escucha catecismo, ni latines de sacristía, ni reglas de gramática, sino un estrépito de sierras y martillos insoportable a los oídos de frailes y leguleyos educados en el asco al trabajo manual. *¡Una escuela de putas y ladrones!* Quienes creen que el cuerpo es una culpa y la mujer un adorno, ponen el grito en el cielo: en la escuela de don Simón, niños y niñas se sientan juntos, todos pegoteados; y para colmo, estudian jugando.

El prefecto de Chuquisaca encabeza la campaña *contra el sátiro que ha venido a corromper la moral de la juventud.* Al poco tiempo, el mariscal Sucre, presidente de Bolivia, exige a Simón Rodríguez la renuncia, porque no ha presentado sus cuentas con la debida prolijidad.

Las ideas de Simón Rodríguez:

«Para enseñar a pensar»

Hacen pasar al autor por loco. Déjesele trasmitir sus locuras a los padres que están por nacer.
Se ha de educar a todo el mundo sin distinción de razas ni colores. No nos alucinemos: sin educación popular, no habrá verdadera sociedad.
Instruir no es educar. Enseñen, y tendrán quien sepa; eduquen, y tendrán quien haga.
Mandar recitar de memoria lo que no se entiende, es hacer papagayos. No se mande, en ningún caso, hacer a un niño nada que no tenga su «porque» al pie. Acostumbrado el niño a ver siempre la razón respaldando las órdenes que recibe, la echa de menos cuando no la ve, y pregunta por ella diciendo: «¿Por qué?».
Enseñen a los niños a ser preguntones, para qué, pidiendo el porqué de lo que se les manda hacer, se acostumbren a obedecer a la razón: no a la autoridad, como los limitados, ni a la costumbre como los estúpidos.
En las escuelas deben estudiar juntos los niños y las niñas. Primero, porque así desde niños los hombres aprenden a respetar a las mujeres; y segundo, porque las mujeres aprenden a no tener miedo a los hombres.
Los varones deben aprender los tres oficios principales: albañilería, carpintería y herrería, porque con tierras, maderas y metales se hacen las cosas más necesarias. Se ha de dar instrucción y oficio a las mujeres, para que no se prostituyan por necesidad, ni hagan del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia.
Al que no sabe, cualquiera lo engaña. Al que no tiene, cualquiera lo compra.

1826
Buenos Aires

Rivadavia

En la cresta de las barrancas del Plata, sobre la costa barrosa del río, se alza el puerto que usurpa la riqueza de todo el país.
En el Coliseo de Buenos Aires, el cónsul británico ocupa el palco del virrey de España. Los patricios criollos usan palabras de Francia y guantes de Inglaterra; y así se deslizan por la vida independiente.
Desde el Támesis fluye el torrente de mercancías fabricadas, sobre moldes

argentinos, en Yorkshire o Lancashire. En Birmingham imitan al detalle la tradicional caldera de cobre, para calentar el agua del mate, y se producen estribos de palo, boleadoras y lazos al uso del país. Mal pueden resistir la embestida los talleres y telares de las provincias. Un solo buque trae veinte mil pares de botas a precio de ganga y un poncho de Liverpool cuesta cinco veces menos que uno de Catamarca.

Los billetes argentinos se imprimen en Londres y el Banco Nacional, con mayoría de accionistas británicos, monopoliza la emisión. A través de este banco opera la River Plate Mining Association, que paga a Bernardino Rivadavia un sueldo anual de mil doscientas libras.

Desde un sillón que será sagrado, Rivadavia multiplica la deuda pública y las bibliotecas públicas. El ilustrado jurista de Buenos Aires, que anda en carroza de cuatro caballos, dice ser presidente de un país que él ignora y desprecia. Más allá de las murallas de Buenos Aires, ese país lo odia.



1826
Panamá

Patrias que son soledades

La criatura dijo sus primeras palabras. Fueron las últimas. De los invitados al bautismo, solamente cuatro llegaron a Panamá, y en vez de bautismo hubo extremaunción. El dolor, dolor de padre, encoge la cara de Bolívar. Las piedades y condolencias le suenan a hueco.

Doblan las campanas por la unidad de Hispanoamérica.

Bolívar había convocado a las nuevas patrias a unirse, bajo el amparo inglés, en una sola patria. No invitó a los Estados Unidos ni a Haití, *por ser extranjeros a nuestros arreglos americanos;* pero quiso que Gran Bretaña integrara la liga hispanoamericana, para defenderla del peligro de la reconquista española.

Ningún interés tiene Londres en la unidad de sus nuevos dominios. El congreso de Panamá no ha parido más que edificantes declaraciones, porque los viejos virreinatos han parido países atados al nuevo imperio de ultramar y divorciados entre sí. La economía colonial, minas y plantaciones produciendo para afuera, ciudades que prefieren el bazar a la fábrica, no abre paso a una gran nación sino a un gran archipiélago. Los países independientes se están desintegrando mientras Bolívar sueña con la patria grande. No han firmado ni un solo acuerdo comercial entre ellos, pero están inundados de mercancías europeas y casi todos han comprado la doctrina del librecambio, que es el principal producto británico de exportación.

En Londres, el primer ministro George Canning exhibe su trofeo ante la Cámara de los Comunes.



1826
Londres

Canning

Habla la perla de la corona. El plebeyo George Canning, jefe de la diplomacia británica, consagra su obra ante la Cámara de los Comunes. Canning despliega sus brazos, sus alas de halcón:

–*Yo llamé a la vida al Nuevo Mundo* –proclama el arquitecto del imperio– *para enderezar la balanza del Viejo.*

En algún rincón, resuena una risita burlona. Sigue un largo silencio. Canning alza en la oscuridad su afilado perfil de fantasma y estalla entonces la mayor ovación jamás escuchada en esta sala.

Inglaterra es el eje del planeta. Lord Castlereagh había hecho mucho por el proyecto imperial hasta que una noche, abrumado, se abrió la garganta con una navaja. Apenas llegó al poder, Canning, el heredero de Castlereagh, anunció que la era de los caballeros había quedado atrás. Las glorias militares debían dejar paso a las astucias diplomáticas. Más habían hecho por Inglaterra los contrabandistas que los generales; y era llegado el tiempo de que los mercaderes y los banqueros ganaran las verdaderas batallas por el dominio del mundo.

La paciencia del gato es más eficaz que la furia del tigre.



1828
Bogotá

Aquí la odian

Sin bajar la voz la llaman *la Forastera* o *la Mesalina,* y secreteando le dan nombres peores. Dicen que por ella anda Bolívar pesado de sombras y acribillado de arrugas y que en la cama quema sus talentos.

Manuela Sáenz ha peleado a lanza en Ayacucho. Los bigotes que arrancó a un enemigo fueron talismán del ejército patriota. Cuando Lima se amotinó contra Bolívar, ella se disfrazó de hombre y recorrió los cuarteles con una pistola y una bolsa de dinero. Aquí, en Bogotá, se pasea a la sombra de los cerezos, vestida de capitana y escoltada por dos negras que llevan uniformes de húsares. Hace algunas noches, en una fiesta, fusiló a un muñeco de trapo contra la pared, bajo un letrero que decía: *Francisco de Paula Santander muere por traidor.*

Santander ha crecido a la sombra de Bolívar, en los años de la guerra: fue Bolívar quien lo nombró vicepresidente. Ahora Santander quisiera asesinar al *monarca sin corona* en algún baile de máscaras o asalto a traición.

El sereno de Bogotá, farol en mano, da la última voz. Le contestan las campanas de la iglesia, que asustan al Diablo y llaman a recogerse.

Suenan balazos, caen los guardias. Irrumpen los asesinos escaleras arriba. Gracias a Manuela, que los distrae mintiendo, Bolívar alcanza a escapar por la ventana.

1828
Bogotá

De la carta de Manuela Sáenz a su esposo, James Thorne

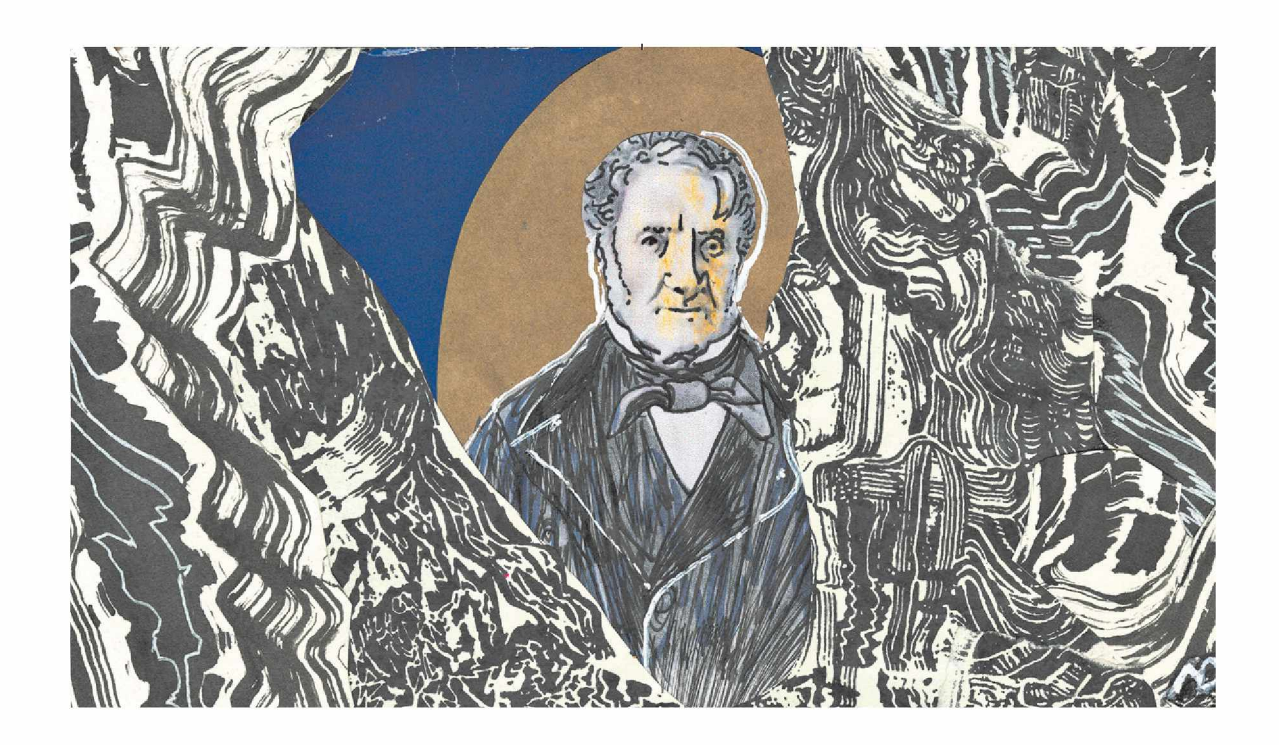
¡No, no, no más, hombre, por Dios! ¿Por qué hacerme usted escribir, faltando a mi resolución? Vamos, ¿qué adelanta usted, sino hacerme pasar por el dolor de decir a usted mil veces no*? Señor: usted es excelente, es inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted, sería nada.*

...Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente.

Déjeme usted, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos a

casar, pero en la tierra no... Allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores, digo, pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres; la conversación, sin gracia, y el caminado, despacio; el saludar, con reverencia; el levantarse y sentarse, con cuidado; la chanza, sin risa. Estas son formalidades divinas; pero yo, miserable mortal, que me río de mí misma, de usted y de estas seriedades inglesas, ¡qué mal que me iría en el cielo...!





1829
Corrientes

Bonpland

Descubrió América a lo largo de nueve mil leguas y sesenta mil plantitas. Cuando volvió a París, América le hizo falta. Por revelación de su nostalgia, Aimé Bonpland supo que pertenecía a la misma tierra que las raíces y las flores que había recogido. Esa tierra lo llamaba como nunca lo había llamado Europa; y por ella descruzó la mar.

Fue profesor en Buenos Aires y labrador en los yerbales del Alto Paraná. Allá lo sorprendieron los soldados de Gaspar Rodríguez de Francia, Dictador Supremo y Perpetuo del Paraguay. Lo molieron a palos y se lo llevaron en canoa río arriba.

Nueve años ha estado preso en Paraguay. Por espía, dicen que dijo el dictador Francia, que reina mediante terror y misterio. Reyes, emperadores y presidentes intercedieron por la libertad del célebre sabio; pero de nada valieron gestiones ni misiones, súplicas ni amenazas.

El dictador lo había condenado un día de viento norte, viento que le pone agria el alma. Un día de viento sur, decide liberarlo. Como Bonpland no quiere irse, el dictador lo expulsa.

Bonpland no había estado preso en celda. Trabajaba tierras que le daban algodón, cañas y naranjas, y había creado una destilería de aguardiente, un taller de carpintería y un hospital; atendía los partos de las mujeres y las vacas de toda la comarca y regalaba jarabes infalibles contra el reuma y la fiebre. El Paraguay amó a su prisionero descalzo, de camisa flotante, buscador de plantas raras, hombre de mala suerte que tan buena suerte da; y ahora él se marcha porque se lo llevan a la fuerza los soldados.

No bien cruza la frontera, en territorio argentino le roban los caballos.

1829
Asunción del Paraguay

Francia, el Supremo

No hay ladrones en Paraguay, como no sea bajo tierra, ni hay ricos, ni mendigos. Al llamado del tambor, no de la campana, acuden los niños a la escuela. Aunque todo el mundo sabe leer, no existe ni una imprenta, ni una biblioteca, ni se recibe de afuera ningún libro, ni diario, ni boletín, y el correo se ha extinguido por falta de uso.

Acorralado río arriba por la naturaleza y los vecinos, el país vive en guardia, esperando el zarpazo de Argentina o Brasil. Para que los paraguayos se arrepientan de su independencia, Buenos Aires les ha cortado la salida al mar, y se pudren sus barcos junto a los muelles; pero ellos persisten pobreando en su dignidad. Dignidad, soledad nacional: alzado sobre los vastos esteros, Gaspar Rodríguez de Francia manda y vigila. El dictador vive solo, y a solas come el pan y la sal de su tierra en platos que previamente prueban los perros.

Todos los paraguayos son espías o espiados. Muy de mañanita, mientras afila la navaja, el barbero Alejandro brinda al Supremo el primer informe del día sobre rumores y conspiraciones. Ya entrada la noche, el dictador caza estrellas con el telescopio; y también ellas le cuentan qué andan tramando los enemigos.



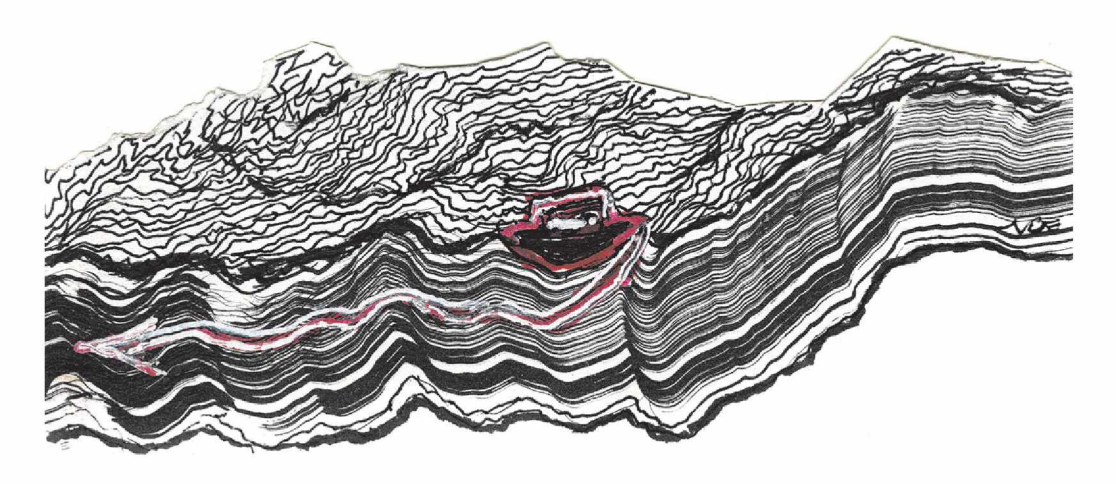
1829
Río de Janeiro

La bola de nieve de la deuda externa

Hace siete años que el príncipe Pedro se proclamó emperador del Brasil. El país nació a la vida independiente golpeando a las puertas de los banqueros británicos: el rey Juan, padre de Pedro, había desvalijado el banco y se había llevado a Lisboa hasta el último gramo de oro y plata. Pronto llegaron, desde Londres, los primeros millones de libras esterlinas. Las rentas de la aduana fueron hipotecadas en garantía y los intermediarios nativos recibieron el dos por ciento de cada préstamo.

Ahora el Brasil debe el doble de lo que recibió y la deuda rueda y crece como bola de nieve. Los acreedores mandan; y cada brasileño nace debiendo. En solemne discurso, el emperador Pedro revela que el tesoro público está exhausto, *en estado miserable,* y que la ruina total amenaza al país. Anuncia, sin embargo, la salvación: el emperador ha resuelto tomar *medidas que destruirán de un golpe la causa de la calamidad existente.* Y explica cuáles son esas radicales medidas: consisten en nuevos empréstitos que el Brasil espera recibir de las casas Rothschild y Wilson, de Londres, con intereses caros pero honorables.

Mientras tanto, los diarios informan que mil fiestas se preparan para celebrar el casamiento del emperador con la princesa Amelia. Los avisos de los diarios ofrecen esclavos negros en venta o alquiler, quesos y pianos recién llegados de Europa, casacas inglesas de paño fino y vinos de Burdeos. El Hotel do Globo, en la calle Quitanda, busca *cocinero blanco y extranjero, que no sea borracho ni pitador de cigarros,* y en la calle Ouvidor 76 necesitan *una dama que hable francés para cuidar a un ciego.*



1830
Río Magdalena

Baja la barca hacia la mar

Tierra verde, tierra negra. Allá lejos la niebla desvanece montañas. El Magdalena se lleva a Simón Bolívar río abajo.

–*No.*

En las calles de Lima están quemando su Constitución los mismos que le habían regalado una espada de diamantes. Quienes lo llamaban «Padre de la Patria» están quemando su efigie en las calles de Bogotá. En Caracas lo declaran, oficialmente, «enemigo de Venezuela». Allá en París arrecian los artículos que lo infaman; y los amigos que saben elogiarlo no saben defenderlo.

–*No puedo.*

¿Era esto la historia de los hombres? ¿Este laberinto, este vano juego de sombras? El pueblo venezolano maldice las guerras que le han arrebatado a la mitad de sus hijos en remotas comarcas, y nada le han dado. Venezuela se desgaja de la Gran Colombia y Ecuador también se aparta, mientras Bolívar yace bajo un sucio toldo en la barca que baja por el río Magdalena hacia la mar.

–*No puedo más.*

Los negros siguen siendo esclavos en Venezuela, a pesar de las leyes. En Colombia y en Perú, las leyes dictadas para *civilizar* a los indios se aplican para despojarlos. El tributo, impuesto colonial que los indios pagan por ser indios, ha vuelto a imponerse en Bolivia.

¿Era esto, era esto la historia? Toda grandeza se hace enana. En la nuca de cada promesa, asoma la traición. Los próceres se convierten en voraces terratenientes. Los hijos de América se destrozan entre sí. Sucre, el preferido, el heredero, que se había salvado del veneno y del puñal, cae en los bosques, camino de Quito, volteado por una bala.

–*No puedo más. Vámonos.*

En el río se deslizan caimanes y maderos. Bolívar, piel amarilla, ojos sin luz, tiritando, delirando, baja por el Magdalena hacia la mar, hacia la muerte.